

La figura del *siervo* y la del *hijo*  
recorre como un binomio, a partir de Abrahám,  
toda la Historia de la Salvación,  
como expresión de la relación entre el hombre y Dios:  
como un *siervo* bueno y fiel a su Señor  
o como verdadero *hijo* que siente a Dios como su Padre



Y así surge una pregunta:

***¿María es sierva  
o es hija del Señor?***

Reflexión del P. Pablo Martín

## ¿María es sierva o es hija del Señor?

El «FIAT» (“Hágase”), aunque no haya sido en latín, que María pronunció en el momento solemnísimos de la Anunciación, no fue algo improvisado. Fue la suma de todos los momentos de su vida, a partir de su Inmaculada Concepción; fue el resultado de todas las veces que Ella dio a Dios su «sí», su propio «FIAT». **A Dios y con Dios.**

Ese «FIAT» de María es algo más que un «sí»; representa el perfecto sacrificio de sí, perfecto en la FE, en la ESPERANZA y en el AMOR DIVINO.

Esa FE, ESPERANZA y AMOR DIVINO se manifiestan, respectivamente, en su perfecta acogida de la VERDAD, en la HUMILDAD y en la OBEDIENCIA.

María posee todas las virtudes cristianas (las virtudes teologales, cardinales y morales). Es lógico, por ser Ella la Llena de Gracia. Pero no debemos ignorar el verdadero origen de sus virtudes, “el alma” de sus virtudes, su sustancia, su finalidad, es decir, **el QUERER mismo de Dios que obra en María, del mismo modo como obra, vive y reina en Dios.**

*“He aquí la Sierva del Señor”,* dijo María.

¿Qué significa? **¿María es sierva o es hija?**

- En la mentalidad de la Biblia, **“siervo de Dios”** es el hombre fiel a Dios, que Lo reconoce y Lo adora como “su” Señor y Dios, del cual depende y al cual obedece. En este sentido, lo contrario de **“siervo”** es **“rebelde o impío”**.

En este sentido, el Hijo de Dios se complace en proclamarse *“el Siervo de Yahvé”* (Isaías 49,3-5; 52,13) y María *“la Sierva del Señor”* (Lc 1,38 y 48), título que no sólo declara su humildad y sumisión, sino también su pertenencia a Dios (ser propiedad de Dios)

- En la mentalidad común de los hombres, un **“siervo”** es quien está al servicio de su dueño, respecto al cual tiene fundamentalmente un sentimiento de temor o bien de interés, y al cual lo une solamente un relación de dependencia y de trabajo (de servicio). En este otro sentido, lo contrario de **“siervo”** es **“hijo”**.

El **“hijo”** no tiene una relación con un dueño o señor, sino que vive un vínculo de familiaridad, de comunión y de amor con su Padre. Así se debe comprender el binomio **“siervo-hijo”** que expresa dos espiritualidades, la diferente actitud y relación que une al primero con Dios como Señor y al segundo con Dios en cuanto Padre, un binomio que recorre toda la Biblia a partir de Abrahám, en la forma que lo manifiestan las palabras del hijo mayor de la parábola del “Hijo pródigo” (Lc 15,29-31).

Es evidente que, en este sentido, **María es Hija y quiere que nosotros seamos hijos.**

En relación a María podemos tener distintas actitudes, las mismas que tenemos con Dios: la del **súbdito**, del **siervo**, incluso del **esclavo** (que ve a María tan sólo como la gran Señora, la Toda Santa, la Madre de Dios lejana, casi inaccesible, como una gran “bienhechora”, hierática en su majestad altísima; una actitud espiritual que insiste más en ser nosotros *“los desterrados hijos de Eva”* que no *“los dichosísimos hijos de María”*), y la sensibilidad propia de quien es **hijo**, el cual, a la total dependencia, sumisión y pertenencia del esclavo, añade la confianza, la intimidad y el amor que lo caracterizan.

- La devoción del primero si manifiesta, en resumidas cuentas, en meditar sus virtudes para imitarla. **Tiene un aspecto más moralístico.**

- Mientras que la devoción del segundo se expresa, como característica propia, en la amorosa meditación de las maravillas que el «FIAT» o Querer Divino (viviente en el «FIAT» de María) ha hecho en Ella. **Es un aspecto más contemplativo.**

Por ejemplo, más nos llama la atención el silencio de María, que el motivo de su silencio. Más se subraya la obediencia de María, que el motivo de su obediencia. Más se piensa en la aparente pobreza de contenidos humanos en la vida de María (como son, por ejemplo, las palabras que dijo, las obras que hizo, la actividad, el apostolado, los posibles milagros, de los que somos tan glotones...), que no en la incalculable riqueza de contenidos divinos. Y hasta sucede que, por reacción, en nuestro tiempo de exaltación humana, aun reaccionando justamente contra estereotipos del pasado, hay quien presenta a María casi como... una predecesora del movimiento feminista. En una palabra, se le da mayor atención a su vida exterior, súmamente sencilla, que no a su vida interior, que ha vivido en la Vida de las Tres Divinas Personas.

Y sin embargo, el primer aspecto es, evidentemente, necesario como condición que envuelve y contiene el segundo.

**El problema está en nosotros.** Debemos cambiar nuestros ojos para ver claro. Inconscientemente pretendemos que María sea como nosotros, y así hay quienes la indican como *“una muchacha de Nazaret”, “con sus sueños y sus proyectos como todas las muchachas”,* incluso con sus *“oscuridades”* y sus *“incredulidades”* (que es la máxima deformación de la figura de la Santísima Virgen: cosas que dicen ciertos predicadores, ¡como si nada!); se pretende que se haya comportado como nosotros, que de esa forma sea eliminada la distancia... No, somos nosotros los que debemos cambiar de mentalidad, de corazón, de actitud interior, *“cueros nuevos para el Vino nuevo”*... La vemos lejana en las formas rancias y tradicionales de la devoción popular, y quisieramos que resultara más cercana, más imitable, más “humana”, cuando por el contrario somos nosotros los que, paradójicamente, estamos lejos de Ella y pensamos ser así “humanos” según nosotros (que en realidad somos deshumanos), habiendo olvidado que Dios nos ha creadi para que con El fuéramos “divinos” (2ª Pe 1,4; 1ª Jn 4,17; Ef 1,4).

\* \* \*

*“He aquí que mi **Siervo** tendrá éxito, será elevado, honrado, exaltado mucho...”* (Isaías, 52,13) *“El justo mi **Siervo** justificará a muchos, él se hará cargo de su iniquidad...”* (Is 53,11). *“He aquí **la Sierva** del Señor, hágase en mí lo que has dicho”* (Lc 1,38). Jesús y María son presentados con estos títulos: *“el Siervo de Yahvè”, “la Sierva del Señor”*.

Sin embargo, Jesús es el Hijo de Dios (Lc 1,35) y María es la Madre del Señor (Lc 1,43). Y la carta a los Hebreos dice que *“Moisés fue fiel en toda la casa de (Dios) como **servidor**..., mientras que Cristo lo fue en cuanto **Hijo**, constituido sobre su propia casa, que somos nosotros...”* (Heb 3,5-6).

Ya hemos dicho que el binomio “siervo-hijo” recorre toda la Divina Revelación, a partir del patriarca Abrahám. Jesús después lo pone en evidencia, por ejemplo, en la parábola “del hijo pródigo” (Lc 15,11 ss), y San Pablo, sobre todo, en la carta a los Gálatas (3,24-29 y todo el cap. 4), que es una clave para comprender las diferentes etapas del camino de acercamiento del hombre a Dios.

Con Abrahám y su descendencia empieza el largo camino de regreso del **hijo pródigo hacia Dios, hacia el Padre y su Casa Paterna**, donde vive el Hijo: *“Maestro, ¿dónde habitas?”* (Jn 1,38). *“Padre, quiero que los que Tú Me has dado estén*

*conmigo, donde estoy Yo, para que vean mi gloria” (Jn 17,24). La peregrinación, el camino de regreso a Dios, empieza con Abrahám. Pero el camino es largo y los Patriarcas y los justos vieron la Promesa sólo de lejos, sin recibir aún lo prometido.*

**Las etapas** de este regreso aparecen representadas en la vida de Abrahám; pero **su problema esencial y existencial** era éste: *“Mi vida pasa, ¿y para quién será todo lo que he hecho y que tengo? ¿Quién será mi heredero?”* **El problema de Dios Padre Creador es exactamente ésto: “¿Quién Me heredaré? ¿Quién recibirá mi alianza de amor y de semejanza eterna?”**

*–“Señor Dios, ¿qué me darás, puesto que yo me voy sin un hijo y el heredero de mi casa será este siervo mío Eliecer?” –“No será éste tu heredero, sino uno que nacerá de tus entrañas será tu heredero” (4ª aparición de Dios).*

En relación con Abrahám tenemos por tanto tres figuras:

- 1º, **Eliecer**, el siervo bueno y fiel, que vive en la misma casa de su señor;
- 2º, **Ismael**, que aunque es hijo, lo es también de la esclava y por tanto siervo él también; nacido según la sangre, el querer de la carne y el querer del hombre;
- e 3º, **Isaac**, el hijo de la legítima esposa, la mujer libre; por eso es el hijo-heredero, que viene al mundo después de los siervos, el hijo nacido por Voluntad de Dios, creída por Abrahám, hijo de su fe.

\* \* \*

Es evidente que la relación y el vínculo del **siervo** con su Dueño es imperfecto e inferior al del **hijo** con su Padre. Hay una relación y un vínculo que ha de pasar de un nivel inferior a otro superior y perfecto, que será por tanto definitivo. Para comprender mejor, por tanto, en qué sentido el Hijo de Dios (y la Madre del Señor) son “el Siervo y la Sierva del Señor”, conviene considerar qué es lo contrario de “siervo”:

- En cuanto a *la fidelidad, la obediencia*, **lo contrario de “siervo” es “rebelde”**, lo contrario de “obediente” es “desobediente”, lo contrario del “*Fiat Voluntas tua*” es el “*non serviam*”. Por eso, nadie es más “siervo del Señor”, ni más fiel ni más obediente que Jesús y María.

- Pero hay otro punto de vista desde el que considerar la relación: el del *amor*, de la *intimidad*, de la *vida recibida y compartida*, de la *recíproca pertenencia*. Bajo este aspecto, **lo contrario de “siervo” es “hijo”**. Y así, nadie es más “hijo de Dios” que Aquel que lo es por su propia naturaleza divina, Jesucristo, que también a nosotros nos hace “hijos de Dios” por gracia, formando con El una sola cosa.

Es necesario tener bien en cuenta esta distinción para evitar un equívoco: pensar que en relación con Dios, ser “**siervo**” sea como ser “**hijo**”, que el modo de pensar, de sentir, de obrar, de ser tratado, etc., del uno y del otro sea más o menos lo mismo. Se trata de dos actitudes profundamente diferentes, de dos *espiritualidades*, distantes lo que dista ser rey de ser súbdito, ser dueño de todo de no ser dueño más que de alguna mísera cosa personal; lo que dista el estado de Adán inocente del de Adán caído, lo que dista el Cielo de la tierra...

“El hijo” bueno es el que “sirve” al Padre mejor que nadie: *“Tendré compasión de ellos como el padre tiene compasión del hijo que lo sirve. Vosotros entonces os convertireis y vereis la diferencia entre el justo y el impío, entre quien sirve a Dios y quien no lo sirve” (Malaquías, 3,17-18).*

Pero hay manera y manera de servir al Padre. Este es el modo de Jesús: *“Yo no busco mi voluntad, sino la Voluntad de Aquel que me ha mandado” (Jn 5,30). “Aquel*

que me ha mandado no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre las cosas que le agradan" (Jn 8,29). "Si uno quiere servirme, que me siga, y donde estoy Yo, estará también mi siervo. Si uno me sirve, el Padre lo honrará" (Jn 12,26). Preguntamos: ¿Y dónde está Jesús? "En el seno del Padre" (Jn 1,18).

"Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que os he llamado amigos, porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15,14-15). Eso significa que, para ser considerados amigos por Jesús, **al servicio** (lo propio del siervo bueno y fiel) se ha de añadir **el conocimiento** de sus cosas íntimas y personales. Jesús hace conocer las cosas del Padre, las comparte con sus amigos fieles.

**El siervo** no sabe lo que hace su Señor; **el amigo** lo sabe, porque se le manifiesta; pero **el hijo** no sólo lo sabe, sino que lo hace con El ("Quien me ve a Mí, ve al Padre"; "Yo hago siempre lo que a mi Padre le agrada", "El Padre, que vive en Mí, hace sus obras", etc.)

**El siervo** es libre de servir o no servir (y si no quiere servirse más, ya no tiene derecho a permanecer en casa de su dueño o a tener su salario y es despedido), pero no es libre de amar; mientras que **el hijo** que se comporta como verdadero hijo, con sentimientos de hijo (y no como el hijo mayor de la parábola del "Hijo pródigo", tan lejano de los sentimientos del Padre), no piensa en servir, sino en amar: es decir, es libre de amar. Sin libertad no hay amor; hay sólo interés o temor ("y el que teme no es perfecto en el amor": 1ª Jn 4,18).

En una palabra, **el siervo** es figura de los justos del Antiguo Testamento. **El hijo** es figura del hombre redimido y reconciliado con Dios. Pero en el hijo hay dos situaciones o dos edades: "Mientras el heredero es niño (**menor de edad**), no es en nada diferente del siervo (incluso del esclavo), aun siendo dueño de todo, sino que está sujeto a tutores y educadores **hasta el tiempo establecido por el Padre**" (Gál 4,1-2).

\* \* \*

Ahora tenemos que abrir un paréntesis. Aquí se habla de tiempo, de un "término establecido". Preguntamos: **¿cuándo?** ¿Es un término que *ya* se ha cumplido históricamente, o que *aún* tenemos que esperar? Con ésto San Pablo nos mete de lleno en tema de escatología.

Parece que pocos son (hoy sobre todo) los que esperan **todavía ese tiempo nuevo, semejante cambio radical**. "Hijos de Dios sois por la fe en Cristo Jesús, porque cuantos habeis sido bautizados en Cristo, os habeis revestido de Cristo" (Gál 3,26-27). Para muchos creyentes, todo ha sido dicho y dado, no hay ningún tiempo nuevo que esperar, porque todo el cambio *ya* ha ocurrido hace veinte siglos, en la Redención. Lo único en perspectiva es *el fin del mundo*, quién sabe cuándo, y, de todas formas, tan lejos que no nos interesa. Para estos creyentes lo único que cabe esperar, en el mejor de los casos, es la salvación eterna, después de la muerte. La teología habla de "obra de Salvación", "historia de la Salvación": salvación *del hombre*, que vaya al Cielo. Es todo.

Pero nos dice San Juan, "todavía no se ha manifestado lo que **seremos**; sabemos sin embargo que cuando se manifieste **seremos** semejantes a El (tendremos de nuevo la perdida semejanza divina), porque Lo veremos tal y como Él es". (1ª Jn 3,2). O sea, se nos manifestará y comunicará su Vida, como la vive Jesús en el Padre, en su Voluntad, "**como en el Cielo**". San Juan nos hace mirar al futuro, pero para evitar equívocos, aclara que eso será "**así en la tierra**", porque dice, "quien está en el amor está en Dios

y Dios en él; por eso el amor ha alcanzado en nosotros su perfección, para que tengamos confianza en el día del juicio; **porque como es El, así seamos también nosotros, en este mundo**" (1ª Jn 4,16-17). "*¿Cuándo se manifieste seremos semejantes a El EN ESTE MUNDO!*"

\* \* \*

En 1531 se apareció Ntra. Señora de Guadalupe al humilde indio Juan Diego (canonizado por Juan Pablo II). Ya desde sus primeras palabras quiso subrayar su Maternidad Divina hacia Dios y hacia nosotros:

*"Sabe y ten entendido, tú, el más pequeño de mis hijos, que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, **MADRE DEL VERDADERO DIOS** por quien se vive, del Creador cabe quien está todo, Señor del Cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí mi pequeña casa sagrada, donde lo haré conocer, lo glorificaré al manifestarlo y lo daré a las gentes a través de todo mi amor, compasión, auxilio y protección, pues **YO SOY VUESTRA PIADOSA MADRE**, a tí, a todos vosotros juntos, los moradores de esta tierra, y a las demás estirpes de hombres amantes míos que me invoquen y en mí confíen; porque allí escucharé su llanto, su tristeza y remediaré todas sus miserias, penas y dolores. Y para realizar lo que mi clemencia pretende, ve al palacio del obispo de Méjico y le dirás cómo yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo, que aquí, en el llano, me edifique un Templo ..."*

El humilde mensajero fue inmediatamente a cumplir su misión, pero sólo encontró un cortés y diplomático rechazo, por lo cual pidió a la Virgen que mandase alguna otra persona más prestigiosa e importante que él... La Señora le respondió:

*"Oye, hijo mío el más pequeño: ten entendido que son muchos **mis servidores** y mensajeros a quienes puedo encargar que lleven mi palabra y **HAGAN MI VOLUNTAD**; pero es de todo punto necesario que tú mismo solicites y ayudes y por medio de tí **SE CUMPLA MI VOLUNTAD**. Mucho te ruego, hijo mío el más pequeño, y con rigor te mando que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte en mi nombre y hazle saber por entero **MI VOLUNTAD**: que tiene que poner por obra **el Templo** que le pido. Y otra vez dile que Yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía".*

Y ésto es porque en la edificación del "Templo" (que ha de ser ante todo de almas, de hijos) en el cual Ella pueda ocupar su puesto de Madre, **los siervos no sirven; el que sirve es un hijo**: ¡la Voluntad de la Señora del Cielo, la misma Voluntad de la Stma. Trinidad, se puede realizar sólo por medio de **un hijo**, la puede hacer sólo quien es **hijo!**

Es significativo que exactamente once siglos después de la proclamación del primer dogma mariano, "María, Madre de Dios" ("Teotòcos") en el Concilio de Efeso, en el 431, Ella misma haya venido a recordar y a reivindicar ser "**nuestra piadosa Madre**", en sus apariciones del 1531 sobre el Tepeyac.

Estaba escrito en el Evangelio de San Juan que Jesús, desde lo alto de la Cruz, en la persona del Apostol nos la dio como Madre. Y sin embargo durante muchos siglos –hasta nuestro tiempo– la actitud espiritual hacia Ella ha sido verla excesivamente lejana y separada de nosotros, vista más como una gran Señora inaccesible, como una gran bienhechora, que no como nuestra Madre... Es verdad que la Stma. Virgen es ante todo la gran Madre de Dios, la Reina Soberana, la Toda Santa, ¿pero qué habrá sentido esta

Mamá, la verdadera Mamá, cada vez que tantos de sus hijos Le habrán presentado "desde lo hondo" esta súplica: *"Acéptame como el último de tus **siervos**"?*

Evidentemente, es la misma actitud de "el hijo pródigo" de la parábola, con idéntica frase, que él había preparado para decirla al Padre, y que el Padre no le permitió acabar de decirla: ¡era demasiado duro para su amor! Es cierto que la vía maestra de la santidad pasa en primer lugar a través de la entrega de sí a María y la consagración a ella como "**esclavos**", entendiéndolo en el sentido de no reservarse nada para sí, no en sentido de no tener con Ella la confianza, la familiaridad y la recíproca y total pertenencia propia de quien es hijo.

En este sentido el Hijo de Dios se ha consagrado a María en el momento mismo de la Encarnación; Jesús es el primero que ha dicho: *"Totus tuus, ¡soy todo tuyo, oh Mamá!"* Se trata de una actitud nueva, de un espíritu nuevo: ya no más el de **siervo**, sino de **hijo**. Y esa actitud hacia la Virgen Stma. corresponde a una semejante actitud hacia la Persona del Padre Divino.

Por tanto hay una pedagogía divina hacia el hombre, hacia el cristiano, para hacerle pasar de **siervo** a **hijo**, de una relación de simple resignación y sumisión a la de confianza, al abandono que bien sabe que es amado, y al amor filial. Hay un progresivo acercamiento al Corazón de Dios. Aquí la Mamá nos habla al corazón con el lenguaje del corazón, como cuando respondió a Juan Diego, angustiado por la gravísima enfermedad de su tío:

*"Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. **No se turbe tu corazón**, no temas esa enfermedad, ni ninguna otra enfermedad y angustia. **¿No estoy Yo aquí, que soy tu Madre?** ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy Yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más necesitas? No te apene ni te inquiete otra cosa, no te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella: está seguro de que ya sanó".*

Y habla así preparando la maravillosa revelación del Sagrado Corazón de Jesús, a la que siguió la revelación del Corazón Inmaculado de María, para que por medio de Ambos estemos preparados para entrar en el Corazón mismo del Padre. **En eso consiste el Reino de Dios, que se acerca a nosotros: vivir como Jesús y María en el Corazón mismo del Padre, en la Voluntad adorable del Padre, tener como propia vida la Voluntad misma del Padre.**



**"Mujer, he ahí a tu hijo"**